

44/2019

24 de mayo de 2019

*Carlos Javier Frías Sánchez**

Información y guerra

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

Información y guerra

Resumen:

La extensión de los regímenes democráticos hace que la opinión pública sea un factor clave para la toma de decisiones políticas, especialmente en las sociedades occidentales. Este hecho, junto a la aparición de Internet, que implica la posibilidad de alcanzar audiencias mundiales con un costo muy limitado y desde cualquier lugar del planeta ha hecho que, casi por primera vez en la historia, la información o la desinformación sean armas de guerra potencialmente decisivas. De estos desarrollos nace la importancia actual de conceptos como las «operaciones de información», las «fake news», la «posverdad» y otros conceptos similares.

Palabras clave:

Guerra, voluntad, opinión pública, Internet, redes sociales, «operaciones de información», «fake news», «posverdad».

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Information and war

Abstract:

The spread of democratic regimes has made public opinion a key factor for the political decision-making processes, mainly in the Western democratic societies. This development, together with the introduction of Internet to a global audience –implying the possibility of reaching a world audience with limited costs, and from any corner of the planet– have made that, for the first time in History, information or disinformation are weapons potentially decisive in many conflicts. As a consequence of these developments, some related hypes –as fake news, post-truth, information operations– are gaining momentum.

Keywords:

War, will, public opinion, Internet, social media, fake news, post- truth, information operations.

Cómo citar este documento:

FRÍAS SÁNCHEZ, Carlos Javier. *Información y guerra*. Documento de Opinión IEEE 44/2019. [enlace web IEEE](#) y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

Introducción

En los últimos años han ido apareciendo una serie de conceptos «nuevos» con relativo impacto en la vida política y en la seguridad; todos ellos ligados de una manera u otra al uso de la información: las «fake news», la posverdad», el uso de redes sociales como medio de influir sobre la opinión pública, la «amenaza híbrida», las «operaciones de información», entre otras. Parecería que el uso de la información como arma introduce una nueva dimensión en el estudio de la guerra, que, hasta hoy, no había sido tenido en cuenta.

En 1952, un equipo de arqueólogos descubrió en Jericó una torre defensiva datada alrededor del año 10 000 a. C., el vestigio militar más antiguo descubierto hasta hoy. En consecuencia, es posible afirmar que el género humano lleva haciendo la guerra por lo menos 12 000 años. Después de, al menos, 12 000 años de convivir con la guerra es arriesgado afirmar que, en la actualidad, haya cosas que todavía no hemos descubierto sobre ella.

Entonces, ¿a qué obedece la aparición de la «información» como actor en el conflicto? ¿Es nuevo? ¿Qué influencia tiene? ¿Y por qué aparece ahora y no lo ha hecho antes?

Guerra y voluntad

Decía Clausewitz que «la guerra constituye, por tanto, un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad»¹. La guerra es un conflicto de «voluntades», mucho más que un choque de fuerzas armadas, una «dialéctica de voluntades hostiles»². Nuestros ejércitos no son más que «instrumentos» para obligar al adversario a plegarse a nuestra «voluntad».

Siguiendo con Clausewitz, el prusiano continuaba la afirmación anterior explicando que «para estar seguros de alcanzar este objetivo tenemos que desarmar al enemigo, y este desarme constituye, por definición, el propósito específico de la acción militar: reemplaza al objetivo y en cierto sentido prescinde de él como si no formara parte de la propia

¹ CLAUSEWITZ, Carl von. *De la Guerra*. Libro 1, Capítulo 1

² ALONSO BAQUER, Miguel. *Estrategia para la defensa*. Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1988, pág. 16.

guerra»³. Es decir, para este autor, la acción militar se dirige a desarmar al enemigo. Se asume, en consecuencia, que un enemigo desarmado se encuentra a nuestra merced y que, para evitar represalias mayores, accederá a plegarse a nuestra voluntad. Esta afirmación de Clausewitz no es más que el reflejo de la forma de hacer la guerra de la Europa de su tiempo, la del periodo final de la Ilustración. En mi opinión, esta es quizá la más discutible de las ideas de Clausewitz, pues es probablemente la más ligada a un momento histórico y cultural determinado, en contra de la vocación atemporal y universalista de su obra *De la Guerra*.

Sin embargo, la forma «occidental» de hacer la guerra sí responde al modelo descrito por Clausewitz: los ejércitos occidentales, al menos desde el siglo XVIII, han buscado la victoria mediante la destrucción de las fuerzas armadas enemigas. Además, los Estados occidentales han aceptado la derrota cuando han perdido sus ejércitos. Aún hoy nuestras doctrinas tienen como finalidad la destrucción de las fuerzas armadas enemigas: los ejércitos de Tierra buscan la victoria mediante la derrota en combate de las fuerzas enemigas y la ocupación física del territorio; las Armadas mediante el control de la rutas marítimas, que permite ahogar la economía enemiga, lo que impide mantener los medios de combate; y las Fuerzas Aéreas, mediante la destrucción de industrias e infraestructuras clave, y/o la del sistema de C2 (civil y militar) enemigos, con idea de hacer colapsar su producción económica y, con ella, su capacidad militar. Dicho de otra manera, las Fuerzas Armadas occidentales, cada una a su estilo, tienen como objetivo el desarme del enemigo, entendiendo que ese desarme implica necesariamente la imposición de nuestra voluntad.

No obstante, es importante tener en cuenta que el desarme del enemigo es solo un medio indirecto para afectar a la voluntad. ¿Qué ocurriría si un enemigo «vencido» («desarmado»), se niega a acatar la voluntad del vencedor? En otros momentos históricos y en otros contextos culturales, la victoria se ha traducido en el exterminio de la población enemiga, en su reducción a la esclavitud (sin necesidad de remontarnos a la antigüedad, véase la política seguida por el Dáesh), o en represalias crueles sobre la población del vencido, buscando precisamente imponer esa voluntad (basta leer las actuaciones de los reyes asirios sobre las poblaciones vencidas). En todos los casos mencionados, la derrota en combate no es más que un paso previo a sufrir terribles

³ CLAUSEWITZ. Op. cit.

consecuencias por parte del vencedor. Sin embargo, tal y como afirma Keegan⁴, «la guerra es una actividad cultural y se conduce de acuerdo a los valores imperantes en las sociedades que las hacen». ¿Las represalias mencionadas sobre la población civil son admisibles hoy para nuestras sociedades? La respuesta es obvia.

Voluntad y sociedad

Clausewitz defendía que cualquier sociedad está compuesta por tres elementos: el Gobierno, al que atribuye como cualidad el razonamiento; el pueblo, caracterizado por la pasión; y las Fuerzas Armadas, marcadas por el azar y la probabilidad inherentes al combate. La voluntad de una sociedad sería la composición de las voluntades de cada uno de estos elementos. Sin embargo, Clausewitz no llega a profundizar en esa «formación de la voluntad». Y no lo hace por una razón muy sencilla: en su época, en una Europa dominada por monarquías absolutistas, la voluntad de la sociedad coincidía con la del monarca. Y, puesto que la característica del gobierno era el razonamiento, dicha voluntad era simplemente una cuestión de cálculo de coste-beneficio. Por ello, para Clausewitz, la guerra consistía esencialmente en imponer al adversario unos costes tales que superasen los posibles beneficios de oponerse a nuestra voluntad. Derrotadas las Fuerzas Armadas enemigas, se podría imponer cualquier coste a un enemigo inerme.

Sin embargo, la sociedad actual no es la de Clausewitz. Existen hoy en día regímenes dictatoriales (como entonces), pero también otros en los que la voluntad dominante es la de las Fuerzas Armadas (como Egipto, Argelia, Myanmar, etc.), mientras que la democracia es el sistema político imperante en Occidente. Consecuentemente, la voluntad de la sociedad ya no la marca el gobierno en solitario: en los regímenes democráticos, la población es la que tiene el poder real, pues las decisiones del gobierno dependen del apoyo electoral que reciben. Por ello, la opinión pública —un atisbo de la voluntad de la población— tiene un peso enorme en las decisiones de los gobiernos. Para Clausewitz, el rasgo fundamental del pueblo no es el cálculo racional, ni dispone del nivel de información del Gobierno, ni está compuesto por «especialistas» en temas de seguridad y defensa. Dada a esta preponderancia del «pueblo» y siguiendo el

⁴ KEEGAN, John, *A History of Warfare*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 2001

esquema de Clausewitz, en las democracias, la «pasión» podría tener más peso que el cálculo racional en la toma de decisiones políticas.

Los estudios sobre la voluntad de la población en conflictos armados se han centrado generalmente en el caso de las operaciones de contrainsurgencia (COIN), especialmente las llevadas a cabo por una gran potencia (generalmente occidental), en Estados fallidos en zonas en vías de desarrollo o en procesos de descolonización.

Uno de estos estudios puede encontrarse en el trabajo de Andrew Mack, *Why Big Nations Lose Small Wars*⁵. Mack defiende básicamente que a mayores intereses, mayor compromiso. Situación que suele llevar a la victoria. En enfrentamientos entre grandes potencias con enemigos más débiles, las grandes potencias tienden a perder por el hartazgo de la opinión pública (como es el caso de regímenes democráticos) o de las élites dirigentes (un ejemplo de ello son los regímenes autoritarios) frente a conflictos de larga duración que requieren importantes sacrificios o que se estiman desproporcionados ante las posibles ganancias.

El razonamiento de Mack coincide básicamente con el de Snyder y Diesing⁶. Y ese es: el fuerte pierde porque su supervivencia no está en juego; y el débil gana porque solo la victoria asegura esa supervivencia. En general, puede afirmarse que a mayor importancia subjetiva atribuida a la causa defendida, mayores sacrificios y mayor nivel de tolerancia a la violencia, y viceversa. Esto explicaría el apoyo de la opinión pública británica a los bombardeos indiscriminados sobre la población civil alemana llevados a cabo durante la Segunda Guerra Mundial.

Es, por tanto, necesario recordar que los conflictos actuales difícilmente supondrán una amenaza a los intereses fundamentales de Occidente, al menos mientras sigan vigentes las garantías nucleares norteamericanas. El riesgo de una escalada nuclear mantendrá los conflictos que puedan afectar a Occidente en niveles de violencia limitados para las sociedades occidentales, aunque localmente puedan resultar muy violentos. Esto implica que el modelo explicado, poco compromiso de las sociedades occidentales en contraste

⁵ MACK, Andrew, "Why Big Nations Lose Small Wars: The Politics of Asymmetric Conflict", *World Politics*, vol. 27, Nº 2, enero de 1975, págs. 175–200.

⁶ SNYDER, Glenn H. y DIESING, Paul, *Conflict among Nations: Bargaining, Decision Making, and System Structure in International Crises*, Princeton, Princeton University Press, 1977, pág. 190.

con una implicación mucho mayor de los insurgentes locales, será el vigente en la mayoría de los conflictos futuros.

Por su parte, Ivan Arreguín-Toft, en su artículo *How the Weak Win Wars. A Theory of Asymmetric Conflict*⁷, defiende la teoría de que no se trata simplemente de una diferencia de intereses, sino que es la diferencia de «modelo estratégico» elegido por cada uno de los contendientes lo que determina el resultado final.

Este autor divide las posibles estrategias de la gran potencia en dos tipos: «ataque directo» y «barbarie». Así como las estrategias del débil en otros dos: «defensa directa» y «guerra de guerrillas».

El llamado «ataque directo» iría dirigido a la destrucción de las fuerzas armadas del adversario más débil (destruir su capacidad para continuar la lucha), mientras que la «barbarie» la define como la «sistemática violación de las leyes de la guerra para alcanzar objetivos militares y/o políticos» (destruir su voluntad de lucha).

Por su parte, la «defensa directa» sería la defensa por medios militares clásicos, mientras que la «guerra de guerrillas» consistiría básicamente en emplear las capacidades militares existentes en combates que evitasen el enfrentamiento directo con las fuerzas enemigas con idea de desgastarlas.

Para Arreguín-Toft, cuando se enfrentan las estrategias «directas» contra las «indirectas», las ventajas del fuerte se anulan favoreciendo al débil. Es interesante observar que las «estrategias directas» de Arreguín-Toft van en la línea del desarme como objetivo, mientras que las «indirectas» («barbarie» y «guerra de guerrillas») van enfocadas directamente hacia la voluntad, e incluyen un importante componente de violación de las leyes y usos de la guerra. Si Arreguín-Toft está en lo cierto, frente a una resistencia de la población civil traducida en una «guerra de guerrillas», solo la «barbarie» daría posibilidades de victoria y este modelo estratégico, hoy en día, está fuera del alcance de las Fuerzas Armadas occidentales.

⁷ ARREGUÍN-TOFT, Ivan. "How the Weak Win Wars. A Theory of Asymmetric Conflict", *International Security*, vol. 26, nº 1, verano de 2001, págs. 93–128.

Voluntad y Fuerzas Armadas

Pese a esa vocación de ataque «indirecto» a la voluntad del adversario que expresaba Clausewitz, las Fuerzas Armadas también influyen directamente en la voluntad de la sociedad adversaria. El efecto del bloqueo naval británico sobre la moral de la población alemana durante la Primera Guerra Mundial es un ejemplo del efecto de medidas militares directas sobre la moral de la población enemiga, más allá de que puede argumentarse que este bloqueo no pretendía imponer el hambre a la población civil — efecto que consiguió—, sino destruir la capacidad alemana de mantener, equipar y alimentar a sus Fuerzas Armadas.

En los años veinte, las teorías sobre el «poder aéreo estratégico» constituyen un primer intento de emplear las Fuerzas Armadas —en este caso las nacientes Fuerzas Aéreas— como un medio de influir directamente en la opinión pública enemiga. Para Giulio Dohuet⁸, una campaña de bombardeos dirigida sobre la población enemiga haría que la población atacada forzase a su gobierno a capitular sin necesidad de pasar por el infierno de la guerra de trincheras. De hecho, esta tesis se aplicó (con poco éxito) por los británicos sobre Alemania en la Segunda Guerra Mundial.

A menor escala, las Fuerzas Armadas han dispuesto de algunos medios dedicados a influir directamente sobre la voluntad del enemigo. Son las denominadas «operaciones psicológicas» (PSYOPS), basadas en el empleo de mensajes transmitidos mediante octavillas lanzadas sobre las tropas enemigas o mediante mensajes de voz emitidos por altavoces desde las líneas propias hacia las enemigas. En una escala algo mayor, en la Guerra del Golfo de 1991, los norteamericanos lanzaban octavillas sobre las tropas iraquíes en un sector concreto, anunciando el día y la hora exacta en la que iban a bombardear ese sector con bombarderos pesados B-52 (capaces de lanzar 160 bombas cada uno). A la hora anunciada una formación masiva de esos aviones ejecutaba el ataque. Después de repetir el proceso en varias ocasiones, bastó lanzar las octavillas el día anterior al que las tropas terrestres tenían planeando el comienzo de su ataque para que los defensores iraquíes huyesen del sector, sin esperar la llegada de los bombardeos.

⁸ DOHUET, Giulio. *El dominio del aire*. 1920.

En otro ejemplo más reciente, en la operación ejecutada por los británicos en Sierra Leona en 2000 (operación Palliser), cuando una patrulla de paracaidistas británicos se encontraba con partidas de rebeldes del Revolutionary United Front (RUF, por sus siglas en inglés), los británicos recurrían sistemáticamente al apoyo artillero o aéreo (incluso siendo innecesario), ante el que los milicianos locales eran absolutamente impotentes. Al cabo de varios incidentes de este tipo, los milicianos del RUF huían cuando veían las boinas rojas de los paracaidistas, pues sabían que a continuación llegarían los proyectiles de la artillería o las bombas de los Harrier. Esto permitió a los británicos operar en patrullas muy pequeñas y emplear vehículos no protegidos.

Sin embargo, los casos mencionados son relativamente poco habituales. Tradicionalmente, la influencia directa de las Fuerzas Armadas sobre la voluntad se produce generalmente antes del inicio de los conflictos, y su muestra más evidente es la «disuasión». La disuasión busca inhibir una conducta indeseada por parte del enemigo, ante la perspectiva de sufrir costes muy elevados. Sin embargo, nuevamente, la disuasión actúa sobre la relación coste-beneficio, por lo que afecta fundamentalmente al cálculo racional propio de los gobiernos sin que la población se vea necesariamente afectada por ella. La historia está llena de ejemplos en los que las poblaciones han mostrado entusiasmo por conflictos que, desde el punto de vista puramente racional, se planteaban en condiciones muy desfavorables.

Resulta evidente que la importancia de la voluntad de la población, expresada mediante la opinión pública, crece con la extensión de los sistemas democráticos. En un inicio, los gobiernos manipulan la información que llega a su propia población, como una forma de obtener respaldo a sus decisiones. De esta forma los gobiernos pueden «crear» incidentes para ganarse el apoyo de la población en conflictos ya decididos. Ejemplo de ello fue el caso del fingido ataque polaco a la emisora alemana de Gleiwitz, el 31 de agosto de 1939, que fue el *casus belli* invocado por Hitler para atacar a Polonia. Además, se pueden falsear otros acontecimientos como ocurrió con el «telegrama de Ems» que provocó la guerra franco-prusiana de 1870 o el caso del hundimiento del crucero Maine en Cuba en 1898 falsamente atribuido a agentes españoles. También pueden explotar mediáticamente incidentes reales como ocurrió con el hundimiento del Lusitania en 1917 o el ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. En todos estos casos, la oligarquía gobernante empleó la información para manipular en su favor a su propia opinión pública.

En cualquier caso, este empleo de la información requiere el control de importantes medios de comunicación (radio, televisión, periódicos, etc.). La creación y ejecución de estos medios obliga a superar una importante «barrera de entrada»: contar con la infraestructura necesaria para publicar en un periódico de difusión importante o una cadena de radioemisoras, lo cual es costoso y lento de construir.

En segundo lugar, la difusión de sus productos (prensa escrita o emisiones de radio y televisión) es relativamente fácil de controlar, por lo que su empleo para influir sobre la población enemiga es muy limitado pese a los intentos de emitir propaganda dirigida a la población enemiga como ocurrió en las emisiones de la BBC sobre la Francia ocupada durante la Segunda Guerra Mundial o en las emisoras de la Voz de América sobre los países del Telón de Acero durante la Guerra Fría.

La aparición de Internet y sus características específicas (interconexión mundial, dificultad de identificación de los orígenes de la información, bajísimo coste de entrada, etc.) ha provocado que, actualmente, ni sean necesarias grandes inversiones para difundir mensajes con repercusión potencialmente mundial, ni sea posible a los gobiernos limitar la difusión de estos mensajes en el territorio que controlan, ni saber con seguridad quién está detrás de estos mensajes.

Conclusiones

El auge actual del ámbito de la «información» en los conflictos nace esencialmente de la extensión de la democracia y de la de Internet. La extensión de los sistemas democráticos hace que la voluntad de la población sea el principal objetivo de los conflictos, en detrimento del enfoque occidental tradicional enfocado en el desarme del enemigo.

La opinión pública como objetivo en la época actual ofrece muchas ventajas al agresor. En general, la población carece de preparación específica en cuestiones de política internacional, por lo que no tiene «herramientas» intelectuales para combatir eficazmente la propaganda; tampoco tiene elementos que le permitan contrastar la veracidad de la información recibida, lo que favorece el empleo de «fake news»; y es muy vulnerable a los enfoques «emocionales» que inciden en el sufrimiento humano, especialmente de los sectores más vulnerables de la población. Ese enfoque «blando» de los conflictos es coherente con la relativa distancia con la que la población occidental será espectadora

de la mayoría de los conflictos futuros. Esa escasa implicación se traducirá en muy poca tolerancia a la violencia traducida en el deseo de «bajas cero», pero también en un acusado rechazo de bajas civiles e incluso militares enemigas, sea cual sea su causa.

Las características de Internet permiten superar las desventajas de la prensa escrita, de la radio o de la televisión, al permitir casi a cualquier actor tener una influencia potencialmente mundial mediante las redes sociales con la ventaja de la difícil atribución de un mensaje o de una campaña hostil. El sistema de libertad de expresión inherente a los sistemas democráticos facilita estas acciones hostiles y dificulta luchar contra las campañas de desinformación.

La consecuencia combinada de todo ello es que la información puede ser una herramienta que permite ser utilizada a bajo coste y con relativa impunidad para modificar la opinión pública propia, pero también enemiga. Y, puesto que los gobiernos democráticos dependen de su opinión pública, la información (verdadera o falsa) se convierte en un arma de primer orden en cualquier conflicto, arma que puede atacar directamente a la voluntad del adversario a muy bajo coste y que puede aprovechar la falta de preparación en cuestiones de seguridad de su audiencia, explotando las emociones para obtener las respuestas deseadas. Y todo ello, manteniendo la posibilidad de negar cualquier implicación en la difusión de los mensajes, lo que permite su uso incluso sin estar en la situación formal de conflicto armado.

La situación descrita es difícil de evitar. En consecuencia, es necesario adoptar medidas activas —que no simplemente reactivas— para proporcionar a nuestra población esas «herramientas» intelectuales necesarias para formar un juicio certero sobre los conflictos en curso; y para que nuestras elites, aquellos que toman las decisiones y los creadores de opinión, estén en condiciones de comprender cabalmente la situación internacional. Esta es una labor compleja, pero necesaria, que requiere una planificación cuidadosa y recursos suficientes.

*Carlos Javier Frías Sánchez**

Coronel de Artillería DEM

Doctor en Paz y Seguridad Internacionales